

¿Sistema Internacional?

Xosé Castro Roig

Un español, Gabriel Ciscar, asistió a la reunión celebrada en Francia en 1799, en la que —como conclusión de los estudios de la Academia de Ciencias parisina—, tras haberse medido el arco del meridiano terrestre entre Dunkerque y Barcelona, se presentó el metro, definido como la diezmillonésima parte de este meridiano, que es el que pasa por París.

Ciscar regresó a España y comunicó las conclusiones de esta reunión en una época de clara francofilia española. Eran años de gran creatividad, en los que las manifestaciones artísticas patrias estaban muy pendientes de lo que sucedía al norte de los Pirineos, como ahora estamos atentos a todo lo que proviene del oeste de las Azores.

La cuestión es que aquello debió de parecerle demasiado precipitado al Gobierno español y así, en su pragmática de 1801, decidió unificar las diversas unidades de medida que coexistían en España empleando como patrón los pesos y medidas castellanos y la tradicional vara de Burgos. De esta miscelánea de medidas aún hoy conservamos muchas que ninguna unificación ha logrado desterrar y que forman parte de nuestro acervo cultural.

Volviendo a fechas más recientes, desde 1960 poseemos el Sistema Internacional de Medidas, el otrora Sistema Métrico Decimal que cambió de nombre al ser adoptado oficialmente por todos los países del mundo. Por todos menos por Estados Unidos y Birmania.

Los traductores de inglés lo sabemos bien, y aun así, y a pesar de que las unidades de medida siempre deben traducirse, especialmente en traducciones técnicas, seguimos viendo textos expresados en medidas que nos son ajenas y que no comprendemos. Hoy día compramos los televisores en función del número de pulgadas que tiene su pantalla, aunque la mayoría de los compradores de televisores —y aun de los vendedores— ignora que una pulgada son 2,54 cm y que esas catorce, diecisiete o veintiuna pulgadas son, en realidad, la distancia existente entre dos esquinas opuestas cualesquiera del vidrio que forma la pantalla. Dicho de otro modo, en un televisor de diecisiete pulgadas, la línea diagonal que separa una esquina de su opuesta mide 43,2 cm.

Recuerdo que en un capítulo de la serie *Hawai 5-0* el protagonista decía que hacía calor, porque estaban «a más de ochenta grados». Claro que eran grados Fahrenheit y no centígrados, aunque el traductor omitió la conversión y los telespectadores nos preguntábamos cómo podía hacer el personaje para no derretirse en el acto.

El problema de la uniformidad —o falta de uniformidad— de los sistemas de medidas llegó a su culmen hace pocos años, cuando la NASA erró los cálculos de dos naves —y no sólo una, aunque lo de la segunda fue más estrepitoso— que orbitaban en torno a Marte: la Mars Climate Orbiter y la Mars Polar Lander.

Por suerte, cada vez más, los comandantes nos informan, cuando viajamos en avión, de que volamos a tres mil o cuatro mil metros de altura en lugar de a nueve mil o doce mil pies.

Traduzcamos con rigor, especialmente si el espectador, lector u oyente de nuestra traducción no sólo no comprende la dimensión de lo que decimos sino que no logra hacerse la más mínima idea.

Reproducido con autorización de *El Trujamán*,
del Centro Virtual Cervantes (<http://cvc.cervantes.es/trujaman/>)